

Introducción

Flabián Nievas

La sociología de la guerra no es una disciplina cultivada en nuestro país. Ni siquiera la polemología, rama a la cual pertenece —junto a la sociología militar—, tiene un desarrollo mínimo aquí. Podría argüirse que tal desinterés es el necesario correlato en un país, y en una región, en la que la guerra es un fenómeno relativamente exógeno. Esta tesis, sin embargo, es fácilmente rebatible si observamos que en las últimas tres o cuatro décadas nuestro país afrontó tres guerras. Posiblemente el lector se sienta desconcertado ante esta afirmación, a la que precede un condicional: “si observamos”. Y he aquí parte de la cuestión. Las guerras pueden haber existido y no haber sido observadas. Por supuesto, no faltará quien sostenga que tales afirmaciones (que hubo tres guerras, y que algunas de las mismas pasaron inadvertidas) constituyen sendos disparates. Estamos dispuestos a argumentar a favor de tales afirmaciones, demostrando que de ninguna manera se trata de dislates.

La primera cuestión es cuáles fueron los tres conflictos bélicos a los que hacemos referencia. Develamos la incógnita: se trató, en orden cronológico, de la guerra civil (circa 1969–1976), de la guerra de Malvinas (1982) y de la guerra Tormenta del Desierto (1991). Es altamente probable que el lector no admita sino la segunda de ellas, y de poco sirve que construyamos argumentos en pro de una u otra, si no advertimos primero qué es lo que hace que no pueda observar, y, por lo tanto, admitir, esas otras dos conflagraciones como tales. Esto nos dará una buena pista, por otro lado, de porqué no existen desarrollos ni interés en la sociología de la guerra en nuestro país.

Desde un punto de vista constructivista, al cual adherimos, se puede afirmar que no hay conocimiento sin teoría, y aún más; no hay observación posible sin teoría. En efecto, allí donde el docto ve configuraciones estelares, el lego no puede sino ver “puntitos” luminosos en el firmamento; allí donde el ojo entrenado observa un rito, el ojo inexperto solo alcanza a ver movimientos inexplicables. La experiencia, se sabe, es condición necesaria pero no suficiente para el conocimiento.¹ Rolando García y Jean Piaget han demostrado en un hermoso trabajo la imposibilidad de conceptuar algunos fenómenos físicos que tuvieron los griegos, toda vez que, careciendo de una teoría adecuada, no podían siquiera observar.² Siendo esto así en disciplinas que abordan objetos relativamente simples (antiguamente llamadas “duras”), en las que toman objetos más complejos (otrotra denominadas “blandas”) el problema es de una magnitud aún mayor. En lo que nos ocupa, la admisión o negación de la existencia de la guerra civil está mediada, antes aún que por una teoría (o carencia de ella), por un alineamiento político que obra de obstáculo —ya no cognitivo, sino moral—, para la posible asimilación y desarrollo de una teoría ajustada al objeto que estamos tratando. En la aceptación o rechazo de la existencia misma de la guerra se ponen en juego consideraciones que impiden someter el fenómeno a un escrutinio, no imparcial —tal pretensión es inatendible— sino científica, es decir, con uso de teoría adecuada para ello.

¹ En esto coinciden Freud con Piaget. Cf. Freud, Sigmund; “El provenir de una ilusión”, en *Obras completas*, Amorroutu, Buenos Aires, 1975, tomo XXI; y Piaget, Jean; *El criterio moral en el niño*, Martínez Roca, Barcelona, 1984, págs. 219/20

² Cf. Piaget, Jean y García, Rolando; *Psicogénesis e historia de la ciencia*, Siglo XXI, México D.F., 1989.

Vencer el prejuicio político y comenzar a construir teóricamente el problema son procesos analíticamente escindibles, pero unidos en la realidad. Este paso lo hemos dado hace ya algunos años, en colaboración directa con Inés Izaguirre —fuente, además, de permanente estímulo—, e indirecta con Juan Carlos Marín, a quienes debemos el llamarnos la atención sobre esos espacios inobservados.³ Pero allí no terminaban sino que comenzaban los problemas. La constatación, en principio, de la ausencia de un arsenal teórico desde el cual pensar y evaluar el fenómeno, nos llevó a largas y no siempre productivas disquisiciones. En 2002 propusimos, con Pablo Bonavena, el dictado de “Sociología de la Guerra” en la Carrera de Sociología (FCS–UBA), curso que se materializó en 2003. Recién en 2004 estuvimos en condiciones de afrontar formalmente una investigación,⁴ aún en desarrollo, de la cual lo que presentamos es, en parte, su producto.

Esta orfandad disciplinaria y teórica nos condujo a una búsqueda sin brújula, al principio, hasta poder comenzar a orientarnos. Partimos de la teoría clásica de la guerra (Clausewitz), aún a sabiendas de su relativa insuficiencia para explicar algunos de los fenómenos bélicos actuales. Desde esta concepción clásica, de guerra entre Estados nacionales, es prácticamente imposible (salvo como metáfora) comprender la guerra civil del período 1969–1976, y cómo la misma fue el preludio del genocidio.⁵ Fue necesario, en consecuencia, ampliar la mirada en búsqueda de nuevas formas de entender estos fenómenos.

Debemos agregar que estas explicaciones, tomadas de a una o en su conjunto, no nos satisfacen. Ello se verá reflejado en las críticas que necesariamente acompañan a cada exposición.

En la medida que nos fuimos adentrando en esta nueva lógica, los fenómenos se nos presentaban más claramente. Y mayor distancia encontrábamos con las percepciones corrientes de los mismos. Esto quedó plasmado en la tercera guerra de la cual participó nuestro país. La guerra imperialista contra buena parte de Oriente Medio es, por sus características, una guerra multinacional: varias son las naciones que participan de uno y otro lado, más allá de las batallas específicas (como la operación “Tormenta del Desierto”). Esta guerra tuvo tres momentos significativos para Argentina. El primero fue el envío de dos naves de guerra al Golfo Pérsico (en 1991), con lo cual comenzó nuestra participación directa e indubitable en el conflicto; el segundo fue el 17 de marzo de 1992, con la voladura de la embajada de Israel en Buenos Aires; y el tercero fue el 18 de julio de 1994, con la voladura del edificio central de la AMIA–DAIA. Los tres están

³ Este proceso de construcción del problema tuvo distintas etapas, algunas de las cuales quedaron documentadas en publicaciones, las más importantes de las cuales fueron los libros *Las luchas sociales en Argentina (1955–1976). Notas a “Los hechos armados. Un ejercicio posible”*, de P. Bonavena, M. Maañón, F. Nievas, R. Paiva, M. Pascual y R. Zofío (Oficina de Publicaciones del CBC, Buenos Aires, 1994) y *Orígenes y desarrollo de la guerra civil en la Argentina (1966–1976)*, de P. Bonavena, M. Maañón, F. Nievas, R. Paiva, M. Pascual y M. Morelli (Oficina de Publicaciones del CBC, Buenos Aires, 1995, reeditado por Eudeba, Buenos Aires, 1998). Asimismo, diversos artículos sobre aspectos parciales evidencian este tránsito.

⁴ Se trata de la investigación UBACyT S–128 “Nuevas fundamentaciones de las prácticas militares”, aprobada por el Consejo Superior de la UBA por Res. (CS) N° 3215/04. Período: enero 2004–diciembre de 2005, renovada por Res. (CS) N° 846/06 para el período enero 2006–diciembre de 2007, bajo mi dirección, desarrollada en el Instituto de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales “Gino Germani”, de la Universidad de Buenos Aires.

⁵ Proceso de exterminio sistemático de cuadros, militantes y otras personificaciones ligadas al campo revolucionario desarticulado como producto de la derrota. Fueron exterminadas, con certeza, más de 8.000 personas en campos clandestinos de concentración.

directamente vinculados, del mismo modo que lo están la participación española en la invasión a Irak y la voladura de los trenes en Atocha, o la participación de Gran Bretaña y las explosiones en ómnibus y subterráneos en Londres. Sin embargo, lo que se vio con suma claridad en los casos español y británico no pudo ser conceptualizado de la misma manera para los casos de Argentina. Esta incapacidad no es minusvalía intelectual. Demuestra, por el contrario, la falta de una mirada que se adecue a los fenómenos que observamos.

La constitución de una sociología de la guerra —en cuya dirección se inscribe este trabajo, aunque distamos aún de lograrlo— pretende dar cuenta de estos fenómenos, apoyándonos necesariamente en la teoría constructivista del conocimiento. Intenta comprender la dinámica de los conflictos bélicos, en la escala en que ocurren actualmente. Las dificultades teóricas son serias. Basta recorrer la literatura especializada para comprobar el grado de confusión reinante —confusión que, por el momento, no podemos más que identificar, sin por ello poder ofrecer más que una respuesta parcial a la misma—: desde la guerra al terrorismo hasta la guerra al delito organizado, pasando por las guerras preventivas, la asimetría, el tecnologicismo —neologismo que criticaremos bajo la figura de “fetichismo tecnológico”—, la guerra de baja intensidad, de cuarta generación, etc., etc., etc., son los intentos por dar cuenta de una realidad que ha ido cambiando y que no puede ser —aún— completamente explicada desde *una* teoría.

El repaso que hacemos en este trabajo es necesariamente parcial, todavía desordenado, pero a la vez necesario. Es la expresión de nuestro estadio de desarrollo en referencia a la construcción de un problema que, aunque defectuosamente abordado, cuando no lisa y llanamente ignorado, tiene sus consecuencias palpables, directas, y cuyas secuelas padecemos y padecerán futuras generaciones. La correcta formulación del problema y un adecuado enfoque teórico permitirán, sin dudas, mejorar las líneas de pensamiento y acción a la hora de enfrentarse con estos hechos.

Mención aparte, aunque no marginal, es la tradición teórica desde la que elaboramos estas reflexiones. Se verán reflejadas en estas páginas distintas apreciaciones, aunque enmarcadas en la tradición marxista, a la que adscribimos los distintos articulistas cuyos trabajos han sido incluidos en el volumen. Esta mención es para alertar al lector interesado que no encontrará aquí nada similar a los enfoques funcionalistas. Tales enfoques ponen su centro en el análisis de la estabilidad sistémica y, en consecuencia, de la seguridad. Desde la perspectiva marxista, por el contrario, enfatizamos el modo en que se desarrolla la lucha de clases a escala supranacional, entendiendo que es el marco indispensable para comprender lo que ocurre en el nivel local. La guerra, como fenómeno social recurrente, merece ser estudiada por la sociología; tanto más con quien se considere incluido en esta tradición teórica, rica en su desacralización de la realidad. Con este trabajo no pretendemos ofrecer un desarrollo en tal sentido, sino apenas ayudar a generar algunos interrogantes.

Los trabajos reunidos tienen distintos orígenes. Algunos fueron producidos para este volumen (capítulos 1, 2, 6 y 8), otros fueron presentados en distintos simposios (capítulos 3 y 4) y, finalmente, incluimos materiales que originalmente fueron elaborados como material de estudio para los estudiantes de Sociología de la Guerra (capítulos 5 y 7). Su organización se presenta en tres secciones; la primera dedicada a consideraciones teóricas, con dos artículos, uno criticando la noción de “asimetría”, y el segundo proponiendo la noción de “guerra difusa”; la segunda sección la dedicamos al análisis de situaciones. Allí se presentan cuatro artículos que intentan dar cuenta de los principales debates y/o problemas actuales en cuanto al desarrollo de la guerra. Finalmente, en

la tercera sección, dedicada al análisis de casos, se presentan las guerras en el continente africano, del que desconocemos mucho en este rincón del planeta, y el caso de Guatemala. La elección de éstos y no de otros casos estuvo influenciada por la escasa difusión que ambos tienen en nuestro medio académico, pero su inclusión no obedece únicamente al ánimo de cambiar esa situación, sino que son valiosos para el estudio de las formas actuales de la guerra. A fin de no aburrir tempranamente al lector no abundamos en detalles que la lectura de los mismos develará.

Finalmente es necesario hacer una reflexión sobre el conjunto del material reunido en este volumen. Como fue aclarado al inicio, no están aquí las claves para la comprensión de los nuevos fenómenos bélicos, sino tan solo una propuesta de debatir con las miradas más tradicionales respecto de cómo conceptualizarlos. De la crítica que este trabajo pueda generar, y los intercambios que esperamos obtener, probablemente se arribe a una mejor conclusión.